

## REVISTA CASTELLANA

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

AÑO V.—JULIO 1919.—NÚM. 54

## Manuel del Palacio

(CONTINUACIÓN)

La tendencia á condensar que Manuel del Palacio tiene siempre, le da portentosa facilidad para el epigrama, entendida esta palabra en su más amplia acepción clásica, que así hace referencia á la concisión de un pensamiento delicado, sutil ó sentencioso, como á la intencionada malicia de un equívoco ó un chiste. En estas poesías *fugitivas*, tiene muchas Palacio que encierran una reflexión aguda, tomada, como siempre lo hacía, de la observación directa. Es una lección de moral práctica, un corolario irrefutable sobre tales ó cuales achaques mundanos, una máxima revestida de gentiles atavíos. Esta clase de composiciones pudiera traer el recuerdo de las *humoradas* campoamorinas; pero son cosa diferente. Los principios y conclusiones que en ellos asienta Palacio son más familiares, más realistas que los de Campoamor; las humoradas tienen un doble fondo, un culebreo de conceptos que rara vez se descubren en las composiciones de Palacio, imaginadas para norma propia ó para escarmiento ajeno. Recordaré unas cuantas:

Gentes hay que entre sombras han medrado,  
y viven tan amigas del reposo,  
tan puras de intención y de pecado,  
que ven en cada pobre un sospechoso  
y un criminal en cada desgraciado.

Felicidad que uno logra  
y otro no ha de disfrutar,  
ni por semejanza debe  
llamarse felicidad.

La luz no es luz encerrada  
en un oscuro fanal:  
sólo merece ese nombre  
cuando alumbrá á los demás.

Si eres favorecedor,  
nunca investigues á quién,  
pero mira mucho y bien  
á quién pides un favor.

—

Un sueño que acariciar,  
una botella que abrir,  
un libro que desflorar,  
y en el trance de morir  
una mano que estrechar...  
ni más se debe pedir  
ni más se puede esperar.

—

Feliz el que á los setenta  
aun para el amor alienta,  
y pudo guardar en calma  
la virginidad del alma,  
que de sueños se alimenta.

Y mil veces desgraciado  
quien de torpes liviandades  
por el ansia encadenado,  
á los veinte ha desflorado  
todas las virginidades.

—

Cazador que á caza vas  
de mujer ó de león,  
¡ay de tí si no le das  
en mitad del corazón!

Hay otras, en el número de estas poesías breves, que se sustentan en un rasgo de ingenio, más ó menos satírico. Muchas son las que tiene Palacio de esta clase. Véanse algunas:

No intimida al ladrón forzar la puerta:  
pero le asusta el encontrarla abierta.

—

Pudo el Hacedor crear  
sin esfuerzo y con placer  
cielo y astros, tierra y mar,  
pero creó la mujer...  
y tuvo que descansar.

—

Si de pecado ó error  
confesión quieres hacer,

más que virtud y candor  
exige en el confesor  
calma, experiencia y saber.

Prefiere á viejo machucho  
hombre que sienta á tu modo  
y en lides mundanas ducho:  
cuando se conoce todo,  
suele perdonarse mucho.

—  
La vida es transformación;  
¿sabes cuándo habrá, Catón,  
constancia en las opiniones?  
Cuando los guadacantones  
puedan tener opinión.

—  
En el largo camino  
de la existencia,  
cada cual va tirando  
de su carreta;  
y el honrado y el justo  
ven con tristeza  
que son las más vacías  
las que más pesan.

Otras son francamente epigramáticas. En este grupo tiene Palacio muestras deliciosas. En ellas el chiste es siempre fino, donairoso, cosa compatible con los mayores atrevimientos, del mismo modo que la chocarrería y el desplante burdo pueden ir unidos al más timorato alarde de gracia. Recordaré cinco ó seis:

¡Igualdad! oigo gritar  
al jorobado Torroba;  
y se me ocurre pensar:  
¿Quiere verse sin joroba,  
ó nos quiere jorobar?

—  
Siempre que miro reir  
á cualquiera de esos Judas  
que hacen amargo el vivir,  
me pregunto entre mil dudas,  
tras de mucho discurrir:  
—La risa de ese animal  
¿es fingida ó natural?  
¿Revela mofa ó desdén?

¿Indica que él se halla bien  
ó que otro se encuentra mal?

Vivo á la vejez lidiando,  
y entre sus *hastas* bregando  
de tres mi ventura fio:  
*Hasta* mañana, *hasta* cuando,  
¡y *hasta* verte, Jesús mío!

Lo que en el mundo sucede  
es muy curioso de ver:  
Juan se casó por poder,  
y ahora dice que no puede.

Porque gasta un escudo  
y una corona,  
se juzga personaje  
Zaragatona.  
Ya se contentaría  
con ser persona.

Pretende Antón titular  
y un ífultu quiere hallar  
que cuadre á sus aficiones;  
yo se lo voy á indicar:  
Marqués de los Juanillones. <sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> En los casos más vulgares de la vida dió Manuel del Palacio repetidas muestras de su ingenio. Véanse en *Fruta verde*, por ejemplo, los donosos versos con que ofreció sus casas á los amigos y las parodias que hizo de Zorrilla, Evaristo Silió, etc., etc.

Hacia en cierta ocasión el padrón, y en la casilla de *Propiedad urbana* escribió:

A fuer de urbano formaré el registro:  
Ni tengo propiedad, ni la administro.

En la de *Propiedad rústica* puso esto:

Un centenar de libros, que no leo,  
es todo lo que en rústica poseo.

En el precioso libro *Páginas mallorquinas*, de J. L. Estelrich, puede leerse un interesante artículo sobre Manuel del Palacio.

Notorio es, porque, sin estar impresas en su mayor parte, han circulado profusamente, que Manuel del Palacio escribió numerosas poesías de sabor picante subido. Lástima es que no puedan darse á la publicidad; porque aunque de ellas se escandalicen gentes pacatas que suelen ver sin inmutarse cosas más graves, rebosan de sal y gracejo. Suyo es el poema *La creación*, que se ha divulgado no poco.

Quien tenía tan prodigiosa aptitud para las poesías cortas y jugosas, necesariamente había de distinguirse en un género que requiere tales condiciones más que otro alguno: el de los cantares. Palacio pone en sus cantares los mismos variados matices que vamos apreciando en su ingenio; pero á la vez les da el sabor popular que, con ser la circunstancia á que deben nombre y carácter, tan difícil de conseguir es para poetas eruditos. De los cantares de Palacio no dirá el pueblo lo que de aquel otro á que se refiere Ruiz Aguilera:

Un cantar bajó al pueblo;  
no era mal mozo,  
pero el pueblo le dijo:  
«No te conozco.»

Lejos de ser así, yo he oído cantar por el pueblo, como suyos propios, algunos cantares de Manuel del Palacio. Y es porque, además de ser buenos mozos, tienen el desembarazo, la sencillez y el semblante de sus hermanos los nacidos y criados al compás de panderos y guitarras. Es seguro que el lector conocerá ya algunos como los siguientes:

No me des agua bendita  
cuando salgas de la iglesia,  
que me la pongo en la frente  
y la frente se me quema.

Corazón, no te humilles  
al verte herido,  
que es más noble ser carne  
que ser cuchillo.

El hombre cuando se embarca  
debe rezar una vez,  
cuando va á la guerra dos,  
y cuando se casa tres.

NARCISO ALONSO CORTÉS

(Continuará).

## FOLK-LORE BURGALÉS

### IV

En cuanto á las creencias, prácticas y costumbres religiosas existentes en esta provincia, son tantas y tan curiosas las que pudieran enumerarse que formarían un libro; pero como este no es mi objeto, me concretaré á aquéllas que buenamente acudan á mi memoria.

Todos los recién casados, lo mismo en Aranda de Duero que en Roa, acostumbran á rezar una salve á las respectivas patronas de estas poblaciones: Nuestra Señora de las Viñas y Nuestra Señora de la Vega. A este propósito, recuerdo que en Torresandino todas las bodas, con los novios, padrinos y convidados, han de acudir indefectiblemente á la era que se ha formado en el solar de su antiguo castillo, porque dicen que si no se sigue esta práctica se suelen divorciar los matrimonios, pues así aseguran que aconteció á uno.

En esta última villa, después de dicha la misa el día de Jueves Santo, suelen concurrir á casa del señor cura párroco los concejales y otros convidados á beber la limonada, llamada también zurracapote en otras partes, compuesta de vino, limón, canela y azúcar. El Viernes Santo los mismos concejales adoran la cruz besando los pies y manos de un Santo Crucifijo, yendo descalzos con calcetines blancos.

Es creencia muy generalizada en la provincia, que durante la procesión del Santo Entierro no deben dejarse durmiendo los niños en sus camas, sino llevarlos á que la presencien. Al preguntar yo á unas mujeres de pueblo en qué se fundaban para tener esta creencia, sólo me contestaron que en haber oído á sus antepasados que si tal hacían, las brujas correrían por los pelos de las cabezas de los pequeñuelos.

En cierto pueblo del partido de Salas de los Infantes todos los años acostumbran subastar el hacer de Jesús Nazareno en la Semana Santa, y al mejor postor le suelen tratar tan cruelmente, que le hacen hasta verte! sangre; ni más ni menos que los famosos disciplinantes ó picados de S. Vicente de la Sonsierra, en la provincia de Logroño.

En Roa, el Domingo de Resurrección sacan por la mañana en procesión á las imágenes de la Virgen María y el Niño Jesús y las dan tres vueltas por la Plaza Mayor en sentido contrario, y á la tercera se encuentran y se paran, y entonces canta el pueblo, entre otras coplas:

Aleluya, aleluya,  
Reina del cielo,  
que ha resucitado  
vuestro consuelo.

Con el rostro de Pascua  
viene este día  
á recibir á Cristo,  
Santa María.



En la misma villa, durante el mes de Noviembre, los cofrades de las Animas todos los días al ponerse el sol se juntan, vestidos con luengas capas, y recorren las calles de la villa, precedidos de un pendón y tocando unas campanillas y una tambora con sonido lúgubre, y marchan con tal silencio que aunque encuentren miembros de sus familias no les saludan. En cambio los cofrades de S. Antón, el día de este Santo, á 17 de Enero, marchan alegres hacia su ermita, armados de una cuchara y detrás del caldero que conduce el condumio que han de consumir después de festejar al Santo.

El 7 de Diciembre, fiesta de N.<sup>a</sup> Señora de las Angustias, en Villaluelda, adornan la imagen de esta Virgen con rosquillas que después rifan, y su importe lo dedican á su culto. Una cosa análoga hacen con una gran rosca que ponen á S. Vitores el 26 de Agosto, en la ermita que tiene dedicada cerca de Oña.

En Vivar, Quintanilla, Morocista y Gamonal, al comenzar las procesiones siempre han tenido los mozos en el suelo los pendones ó estandartes, y con las dos manos los levantaban á pulso.

Creencia originalísima fué la que oí de labios de una mujer de Barrio de Muñó: se hallaba convencida de que la Virgen María no había nacido de San Joaquín y Santa Ana, sino del fondo del mar, y que después en una nube fué transportada al cielo; apoyábase en la riqueza que hay en el fondo del mar, especialmente en perlas y corales, y en que la imagen de la Virgen del Pilar está dibujada en la cabeza de los besugos.

Para anunciar los entierros ó muertes, acostumbran en Castrogeriz, según los fallecidos pertenezcan á una ú otra cofradía, vestirse cierto sujeto con traje y gorro de distinto color, y va por la calle tocando una campanilla y contestando á todo el que le pregunta quién es el muerto; tengo idea que cuando éste es de la cofradía de la Vera Cruz, la anunciadora es una mujer tocada con su mantilla. En Roa, si el difunto ha sido de la Cofradía de las Animas, le acompañan en el entierro con una tambora, cubierta con un paño negro, que redoblan de una manera fúnebre.

En Castrogeriz también llevan en la procesión del Corpus las tres tamboras de cada uno de los barrios de la villa, que han estado tocando los tres días anteriores que ha sido expuesto el Santísimo en cada barrio; pero cada tambora en el suyo.

Antes de hacerse la última reforma de los gigantones y gigantillas de la ciudad de Burgos, en el año de 1899, tenían éstas la costumbre el día del Corpus, después de terminada la procesión, de dar en la Plaza Mayor, mientras danzaban los gigantones y danzantes, *las mochadas*. Consistían éstas en los golpes que daban con sus cabezas de cartón el gigantillo y gigantilla, á toda clase de sujetos, especialmente aldeanos, que encontrasen descuidados, al compás de aquellos versos:

Currucú, currucú, muchachillas,  
que os cogen las gigantillas,  
que os cogen á la descuidada  
y os dan una fuerte mochada.

Tilán, filán, fin, burro,  
 el dimoño danimal,  
 de las tres cargas de trigo  
 no me ha dejado ni un pan.

En el baile de los gigantones cantaban á su compás:

Los gigantones, madre,  
 el día del Señor,  
 como están tan cansados  
 hacen el arrimón.

Alajú, alajú, gigantones,  
 menead con sal los talones  
 á compás, con gracia y contento,  
 á salud del Ayuntamiento.

Los gigantones, madre,  
 el día del Señor,  
 corren, saltan, grandones,  
 bailan alrededor.

La gigantilla es hembra  
 del Alcalde Mayor;  
 pero todos por *drento*  
*paecen* como un farol.

Las *mochadas* eran un símbolo de la caída en la herejía de los incautos, pues las mismas gigantillas con sus figuras raras representaban y aun tenían caras de herejes, así como los gigantones las diversas razas humanas, que con su presencia querían alegrar el triunfo del día del Señor.

Tienen en esta provincia todos los domingos de Cuaresma la piadosa costumbre de salir las mozas por la mañana á pedir de puerta en puerta, huevos, roscas, rosquillas, etc., cuya colecta vendida, la invierten en velas para alumbrar el monumento de la Semana Santa; en unos sitios, como Torresandino, no cantan, pero en otros, como Castrillo de la Reina, y diversos pueblos de la sierra, entonan variadas letrillas religiosas como estas:

Hoy es el primer domingo  
 que venimos á tu casa,  
 á ver si nos das limosna  
 para la Semana Santa.

El que limosna nos diere  
 Dios le de salud y gracia,  
 y lo que más le convenga  
*pa* salvación de su alma.



El día domingo de Ramos,  
día de grande *solem*  
cuando Jesucristo entró  
triunfante en Jerusalén.  
Entró con ramos de flores  
su Divina Magestad,  
y derramando la sangre  
por toda la cristiandad.

---

Subió la Virgen al cielo  
más *resplandiente* que un sol,  
coge su Niño en los brazos  
y le dice esta oración:

Hijo mío de mi alma,  
telas de mi corazón,  
morirás el Jueves Santo  
mientras dicen la Pasión.

---

Domingo contemplaréis  
á Jesús en el huerto orando,  
y si le vais reparando  
sudar sangre le veréis:  
así lo haré yo, Dios mío,  
con todo mi corazón.

---

Jueves Santo, Jueves Santo,  
tres días antes de Pascua etc.

---

El día de San José  
cuando el sol alboreaba,  
hacen la fiesta los Santos  
en la celestial morada,  
con ricas cadenas de oro  
y *cirujiles* de plata.

Todos son á contemplar  
el bien que María alcanza;  
que ha parido al Verbo Eterno  
vestido de carne humana.

Y San José la decía:  
¡Oh mi querida y amada!  
No durmiendo con varón  
¿cómo te has hecho preñada?

Y la Virgen le contesta,  
con parecidas palabras:  
«Cuando el angel San Gabriel

vino á traer la embajada,  
me dejó en prenda de amor  
la joya más estimada;  
la que no cogió en el mundo  
y se encerró en mis entrañas.

Al cabo de nueve meses  
le ruego á mi Dios que salga;  
que esta es mi prenda divina,  
que esta es mi prenda sagrada;  
por eso me llaman Reina,  
por eso azucena blanca.»

Era la zarza que ardía,  
era fuego y no quemaba;  
para subir á los cielos  
su dulce vuelo levanta,  
que es María la paloma,  
María llena de gracia;  
entre todas las mujeres  
escogida eres sin mancha.

Otra canción entonan, titulada *El niño perdido*, extendida en toda España, que por ello y por ser muy linda me extraña se haya escapado á la diligencia de coleccionistas como Inzenga, Rodríguez Marín, Ballesteros, Calleja, Olmeda, etc., y eso que es notable por su letra como por su música, que es una ritmopea con reminiscencias de canto gregoriano y dejos de pastorela, que se canta á dos voces, con aire más reposado la copla y más movido el estribillo ó seguidilla. Sobre el mismo asunto compuso un romance Alonso de Ledesma en sus *Conceptos espirituales*, que ocupa el número 276 del *Romancero y Cancionero Sagrados* de la Biblioteca de Rivadeneira, y también con el mismo título publicó otro Fernán Caballero, en sus *Cuentos y poesías populares andaluces*; mas preferimos *El niño perdido* que transcribimos á continuación, por los sentimientos más delicados que despierta y porque en su fondo se revela más perfectamente el concepto que tiene formado el pueblo del Niño Dios y de la Virgen María. He de advertir que he completado é ilustrado esta canción con variaciones recogidas en otras provincias de la Península.

Cuando San José y la Virgen  
se volvían ya del Templo,  
en la mitad del camino  
al niño echaron de menos.

San José decía:  
ya irá con su madre;  
la Virgen decía:  
ya irá con su padre.

Qué desconsuelo sería  
al verse solo y tan tarde,

se ha arrimado á una puerta,  
no le ha respondido nadie.

Si usted bien supiera  
quién era este niño,  
abriera la puerta  
con mucho cariño.

A *ca* un rico fué á pedir  
y le echaron los alanos;  
los alanos muy humildes  
le hacían dos mil halagos.

Yo os *aprometo*,  
aunque soy muchacho,  
darles el castigo  
según han obrado.

—Allá fuera llama un niño <sup>1</sup>  
más hermoso que el sol bello;  
parece que tiene frío <sup>2</sup>  
pues el pobre viene en cueros. <sup>3</sup>

—Anda, dile que entre.  
se calentará,  
porque en este pueblo <sup>4</sup>  
ya no hay caridad. <sup>5</sup>

Entra el niño muy cortés  
y dando los buenos días:  
Jesús sea en esta casa  
porque dentro de ella habita.

Dice la patrona:  
—Siéntate, hijo mío,  
que vienes descalzo  
y hace mucho frío.

Entra el Niño y se calienta,  
y después de calentado <sup>6</sup>  
le pregunta la patrona  
en qué patria se ha criado. <sup>7</sup>

Mi padre es del cielo  
y yo de la tierra;

1 Var. A tu puerta llama un niño.

(Por este verso comienzan en algunas partes la canción.

2 Var. Es verdad que tiene frío

3 Var. Mas cierto es que viene en cueros

4 Var. Porque en esta tierra

5 Ni la hay ni la habido  
ni nunca la habrá;  
y aquel que la tiene  
no la quiere dar.

6 Var. Caliente y bien calentado.

7 Var. De qué patria ó qué reinado.

mi madre descende  
de lejanas tierras. <sup>1</sup>

—Niño, si quieres cenar  
se guisará de contado,  
te compondremos la cena  
como á hijo regalado. <sup>2</sup>

Le responde el niño:

—Eso no, señora,  
que tengo una madre  
que el cielo la adora.

Mas estando ellos cenando <sup>3</sup>  
las lágrimas se le caen.

—Dime niño ¿por qué lloras?

—Por ver la cena que hay.

Mi madre de pena <sup>4</sup>  
no podrá comer;  
aunque tenga ganas  
no tendrá con qué.

—Mucho quieres á tu madre.

—Sí, señora, que la quiero;  
tres días que no la he visto,  
tres mil años se me han hecho.

Si usted me dijera  
dónde la encontrara,  
de rodillas fuera  
hasta que la hallara.

—Vete á hacer la cama al niño  
en mi alcoba y con primor. <sup>5</sup>

Dice el niño:—No, señora,  
que mi cama es un rincón.

Mi cama es el suelo,  
desde que nací;  
hasta que me muera <sup>6</sup>  
ha de ser así.

Al resplandecer la aurora <sup>7</sup>

- 
- 1 El niño responde:  
yo nací en Belén;  
mi padre del cielo,  
mi madre también.
- 2 Var. Y cenarás con nosotros  
y serás muy estimado.
- 3 Var. Estando cenando el niño.
- 4 Var. Y porque mi madre.
- 5 Var. Hazle la cama á este niño.  
y házselo con primor.
- 6 Var. Hasta que en cruz muera.
- 7 Var. Apenas rompió la aurora.

el niño se levantó,  
y le dijo á la patrona  
que se quedara con Dios.

Yo me voy al Templo,  
que aquella es mi casa  
donde han de ir todos  
a darme alabanzas. <sup>1</sup>

—Anda con Dios, niño hermoso, <sup>2</sup>  
de tí quedo enamorada;  
quiera Dios encuentres pronto <sup>3</sup>  
a tu madre idolatrada.

Y si no la encuentras  
vuélvete á mi casa.

—Ya vendré, señora, <sup>4</sup>  
á daros las gracias.

La Virgen buscaba al niño <sup>5</sup>  
por las calles y las plazas,  
y á todos los que veía <sup>6</sup>  
por su hijo preguntaba.

—Decid si habéis visto  
al sol de los soles,  
al que nos alumbra  
con sus resplandores.

—Dadnos, señora, las señas  
por si acaso lo encontramos.

—Es blanco como la nieve;  
como la aurora encarnado.  
Tiene unos cabellos  
como el sol dorados;  
sus labios y boca  
son flores del año. <sup>7</sup>

Por aquí pasó ese niño  
según las señas nos dais;  
al Templo se encaminó,  
id allá y lo hallaréis.

—Dios os pague, hijos,  
esa buena nueva;

1 Var. A darme las gracias.

2 Var. Vete con Dios, niño hermoso.

3 Var. Quiera Dios que encuentres hoy.

4 Var. Ya vendré algún día.

5 Var. La madre busca á su hijo.

6 Var. Y á todos cuantos encuentra.

7 Var. Sus labios hermosos  
parecen carmín;  
y todo es tan bello  
como un serafín.

que ya encontró alivio  
el alma en su pena.

Partió la Aurora divina,  
al Templo se encaminó;  
entre todos los doctores  
al sol de justicia halló.

Ruega por nosotros  
¡Oh Virgen María!  
por vuestros dolores  
y vuestra alegría.

DOMINGO HERGUETA

Burgos, Mayo de 1919.

(Continuará).

## CINCO PESETAS

---

Pepe Manzano había sido uno de los más aprovechados alumnos de un colegio manchego, y al llegar al Instituto de la provincia tuvo siempre la honra de ser reconocido con agrado por los catedráticos que formaban los tribunales de examen, quienes le demostraban el gusto con que le habían escuchado recompensándole con las mejores notas.

Con su título de Bachiller, y con su trajecito nuevo, así como con un modesto ajuar de estudiante, hubo de tomar el tren para dirigirse á la Corte, á fin de cursar los estudios universitarios, cuando apenas el bozo le apuntaba. Llegó á la casa de huéspedes que habían recomendado á su familia y empezó su nueva vida, primero con tristeza porque le resultaba demasiado exótica, y luego con agrado por... varias razones.

Era una de ellas que, especializada ya la corriente de sus estudios, se veía libre de las indigestas Matemáticas, de las complicadas clasificaciones de la Historia Natural, y de las fórmulas químicas que le habían traído á mal traer durante sus años de estudiante de segunda enseñanza.

La Historia de España le entusiasmaba, la Literatura le hacía pasar los mejores días de su vida, y, hasta la Lógica, que era lo que menos le daba por el gusto, no podía decirse que llegase á constituir un serio tormento.

Pero no era ésta la mayor de las razones que le hacían agradables los días. La casa de huéspedes era para él una especie de rincón paradisíaco, porque en ella había no ya una hija de Eva, sino todo un angel que llenaba de luz las horas, y de ilusiones el porvenir. El primer día en que la vió, que fué poco después de haber llegado á los Madriles, recibió Pepe una impresión de cortedad muy lógica en quien solamente había



visto los ojos de las mujeres manchegas,—soles al mirarlos y hielo para mirar,—ya en el paseo, ya más comunmente tras de las rejas, pero siempre á distancia. Luego, al oír aquella voz suave, que hablaba con una simpatía extraordinaria, fué sintiendo un cariño sordo; más tarde fué una pasión irresistible, y al fin, antes del mes de haber abandonado á su pueblo, Pepe Manzano se encontró hecho un novio correspondido con creces por aquella verdadera hurf.

Se llamaba Conchita y era hija de la mismísima patrona: la señora Angustias. Madrileña de pura cepa, tenía inclinación y aptitud para enamorar, como pocas. Su habilidad para ser mimosa cuando convenía, arisca si se terciaba la ocasión, y agradable siempre, había hecho que á cada instante creciese la locura de Pepe por ella y... menguase la afición á los libros.

Sin embargo, el buen estudiante no faltaba ni un minuto á sus clases. Cada vez se le veía menos por los pasillos de la Universidad; pero, indefectiblemente, á la hora en que empezaban las clases, aparecía jadeante, sudoroso; abrfa el libro, repasaba la lección nerviosamente; si alguien le preguntaba, daba por contestación un monosílabo, y, cuando llegaba el catedrático, se convertía en su sombra, y marchaba á buscar su banco para escuchar la explicación.

Un día, cuando comenzó á estudiar según su costumbre por los pasillos, sus compañeros, con unas foses, unas sonrisas y unas miradas de inteligencia, hicieron un comentario demasiado satírico para que Pepe Manzano no se sintiese molesto. Uno de los estudiantes, Paco Romero, más atrevido que los otros se le acercó con aire campechano.

—Las historias de la Bombilla también son Historia de España, ¿verdad?—le dijo.

Manzano se quedó mudo, y el otro prosiguió:

—Ya te vimos ayer, ya. ¡Vaya una parejita que llevabas! ¡Si te encuentra Pantoja tenéis un conflicto!

—¿Quién es Pantoja?—replicó Pepe vivamente y cerrando el libro.

—Anda, pues, Luis Pantoja. ¿No lo conoces? Cuando veas á tu pareja, pregúntale por él y ella te dará todas las noticias que desees sobre este punto.

—Mi pareja no tiene que decirme nada.

—¡Qué aburrida te pasarás la tarde si no tiene nada que decirte!—terció otro mozalbete.

Las puyas fueron creciendo, la rabieta de Pepe no fué faltando y casi terminó la conversación como no era lícito entre compañeros. Un siglo fué la mañana; pero como todo bien y mal no duran la vida entera, llegó la hora de regresar á casa el buen manchego. Casi no comió. Los demás huéspedes,—empleados de poco sueldo en su mayoría, y algunos horteras de no muy excesiva retribución,—le preguntaron si estaba enfermo; así tenía el humor y la cara. Al fin se presentó ocasión de hablar con Conchita.

El día antes, domingo, habían hecho una verdadera locura de colegiales; habían ido á la Bombilla y hasta tuvieron su rato de buen baile.

¡No se rió poco la chiquilla viendo la torpeza del muchacho! Y debe advertirse que lo de chiquilla era cosa relativa solamente, pues ya no cumpliría los veintidós abriles la que, por lo diminuto de su cuerpo é infantilidad de su rostro, parecía apenas haber cumplido los diez y siete.

La entrevista no fué tan trágica como Pepe esperaba.

—¿Quién es Luis Pantoja?—preguntó con un tono de celoso melodramático.

Pero, cuando creía ver saltar las lágrimas y oír balbucientes palabras de perdón por parte de su novia, se encontró con una carcajada, unas frascillas un tanto tópicas de las modistas madrileñas, y una burla feroz dedicada al novio antiguo por la ideal muchachilla.

Y ¿qué tenía de particular eso? Iba á creer él que nunca había sido guapa la chica hasta que la conoció... Pues en Santander, adonde había ido durante el verano aprovechando los trenes de rebaja, había hecho furor. En el paseo de Pereda le habían hablado una porción de señoritos veraneantes *de postín*; y en el Sardinero se habían quedado no pocos con las ganas de que ella tomase el baño. Porque hasta ahí había llegado: ver el agua, todo lo que quisieran; pero meterse en ella era ya harina de otro costal. Y en Calatayud, adonde había ido luego y en donde estuvo hasta el día 12 de Octubre, porque entonces fué con su tía á Zaragoza para ver las fiestas, no faltó un dueño de una fábrica para que hubiese alguien que la cortejase...

Pepe no sintió celos, sino orgullo. ¡No lo tenía que sentir cuando nadie había logrado ablandar el corazón de la risueña niña! Para él estaba reservada semejante empresa. Al día siguiente fué á la Universidad con aire un poco jactancioso y sostuvo el más empeñado diálogo con sus mortificantes condiscípulos. Defendió con tesón que él era el único á quien quería y había querido Conchita; que Luis Pantoja,—un estudiante de medicina que ya estaba á punto de terminar la carrera,—no era más que un botarate, y otra porción de cosas por el estilo.

Pero Paco Romero,—condiscípulo durante el bachillerato de Pantoja, y ahora de Manzano porque se le habían atravesado las asignaturas del preparatorio,—contestó á todos los asertos de Pepe con tal profusión de dardos y tanta saña en las reticencias, que el manchego decidió no volver á cruzar la palabra con él.

Cuando llegó á casa el bueno del estudiante, se vengó del mal rato pasado con la agradable conversación de la muchachilla que le había trastornado el juicio. La plática fué tierna, acariciadora, feliz...

—Y ¿qué me vas á regalar el día de mi santo?—dijo de pronto Conchita.

—Lo que tú quieras,—contestó Pepe.

—Unos zapatos, replicó la joven como quien lo tenía muy bien pensado.

—¡Unos zapatos! No voy á tener bastante dinero,—confesó el muchacho.—Ya sabes que el domingo me quedé con un real para acabar el mes.

—Pero te mandarán de tu casa.

—Sí, para pagarle á tu madre.

—Y ¡algo más!—añadió la joven con un mohín picaresco.

—Diez pesetas, á lo sumo, que me han de alcanzar hasta las vacaciones.

—¡No me quieres nada!—fué la réplica arisca de la muchacha. Y empezó á llorar.

—¿Por qué? Mira... Te regalaré un paquete de bombones.

—¡Estúpido!—gritó la joven.—¿Te crees que yo soy de las que se contentan con bombones?

—¡Pero si no tengo dinero para eso! ¡Si no me mandan de casa!...

El diálogo siguió desigual: ella, imperativa, desengañada; él, suplicante y enamorado. Una proposición cruel fué al fin lanzada por Conchita. Si la quería, no le faltarían medios de encontrar dinero. ¿No tenía el reloj? ¿No tenía nada que empeñar?

No, no tenía nada, porque iba á ir á su casa á pasar las Navidades, y notaría su familia la falta del reloj, ó lo que empeñase.

—¿Y los libros?—insistió la joven.—Puedes decir que te los has dejado aquí, y, cuando vuelvas, los desempeñas.

Se resistió Pepe, se acordó diferir la resolución hasta que le remitiesen el dinero de su casa, y el chico acarició la esperanza de que su familia se sentiría espléndida, y le obsequiaría con bastante caudal para satisfacer á su amada. Y llegó el giro, y... ¡quedáronle *doce* pesetas por todo recurso! La nueva polémica fué más insistente: Conchita imaginó todo lo imaginable para convencer á su novio.

—Puedes decir que has estado enfermo y te has gastado...

Pepe protestó que no quería mentir.

—Cuando vayas á casa algo te darán de aguinaldo.

—Sí, me regalarán algo; pero dinero no me darán.

Entonces se desató la madreñita dedicando epítetos á la familia que tan tacaña se mostraba. Y ¡llegó el recurso supremo! Conchita desapareció y volvió en seguida llevando en las manos una cajita. La abrió: eran unos pendientes.

—¿Los ves? Me los regaló Luis Pantoja. Cuando reñimos no se los quise devolver. Pues, mira, siempre que le pedí algo, siempre tuvo dinero para darme gusto. Y ahora, la primera cosa que te pido...

Pepe sintió celos, prometió mucho y salió de su casa con unos libros debajo del brazo. Llegó á una casa que la misma Conchita le había indicado, entró, ofreció, le cogieron los libros... y le exigieron que los recogiera en el mes de Enero. El manchego dijo que sí á todo, y á fin de cuentas le pusieron en las manos... cinco pesetas.

¡Cinco pesetas por sus libros!... ¡Vergüenza y asco sintió de ser hombre! Pero llegó á su casa. No, no había bastante dinero todavía... Sin embargo, Conchita se ofreció á ser su salvación. Ella pondría el resto con sus ahorritos, y en Enero, cuando volviese de las vacaciones, se los devolvería él; y con esto cogió las quince pesetas que había reunido su amante y se fué.

Por la noche le enseñó los zapatos, unos zapatos muy lindos, y puestos en sus pies más todavía. Anduvo por el cuarto con ellos puestos; se

los quitó y los guardó prometiéndole estrenarlos el día de su santo y que-  
rer á su Pepe *¡toda la vida!*

Al día siguiente se dirigió el muchacho á la Universidad cabizbajo, temeroso... hasta temblando. ¿Le preguntarían? pensaba. ¡Qué horror! Recordaba algo de lo que había explicado el profesor el día antes; pero... aquello no servía para nada; cuatro conceptos vulgares. Esperó en la calle hasta que diese la hora exacta; vió llegar al catedrático y se escondió; entró poco después recatándose como un criminal; aguardó á que todos sus compañeros hubiesen entrado en clase, y cuando ya iban á cerrar el aula, echó á correr y fué á sentarse precipitadamente en su sitio.

El catedrático empezó á explicar, pero Pepe no entendía nada. Veía los libros de sus condiscípulos y con ello empezó á atormentarle la imagen nefasta del miserable duro que le habían entregado por los suyos. De pronto terminó la explicación; tomó el catedrático la lista y después de buscar un rato, leyó:

—Don José Manzano.

Todas las miradas se dirigieron hacia él. Le empujaron, bajó como un sonámbulo, y se sentó en la silla que había en el estrado junto á la mesa del profesor.

—Vamos á ver, señor Manzano,—dijo el catedrático,—¿qué recuerda usted sobre el Arcipreste de Hita?

Las ideas se nublaron en la mente del alumno, y sólo la figura de las cinco pesetas se presentó fatídica ante sus ojos. Pasaron unos minutos... el profesor se impacientó; comenzó á hacerle insinuaciones amables, y Pepe continuó tan mudo como al principio, hasta que, viendo el maestro que ni remota idea del asunto daba el muchacho, montó en cólera y en-  
vió á su asiento al mal estudiante con cajas destempladas.

Pepe salió de clase llorando y se alegró infinito cuando oyó decir:

—Mañana no entramos; ya es hora de que nos den las vacaciones.

Por la tarde no faltó Conchita á la diaria entrevista y se mostró cari-  
fiosa como nunca, pero él la rechazó.

—Déjame, déjame; no me quieres. Si me hubieses querido no me ha-  
brías expuesto á este bochorno.

—Anda, la niña dengosa,—replicó la muchacha.—¿Quieres tus tres  
duros? De tontos como tú ¿qué se va á esperar?

Al día siguiente se fué el muchacho á su pueblo, y en el mes de enero  
cambió de casa de huéspedes.

En una población manchega me encontré pocos meses ha con Pepe  
Manzano, que hoy día es un joven é ilustrado juez. Los brillantes ejerci-  
cios que realizó en las oposiciones le proporcionaron el número uno.

—¿Sabes por qué soy juez? Por cinco pesetas,—me dijo.

Y me contó esta historia.

## EL "TÍO REY" 1

Era un viejo mendigo de la alegre Ribera  
del Órbigo; adornado el sombrero llevaba  
con una gran corona de flores campesinas  
que el viejo recogía en los setos y bardas.

Eran blancas sus barbas y sus ojos rientes,  
y su color cetrino, y su talla pequeña,  
y su andar animoso; bajo el roto sombrero  
asomaba, rizada, la crecida melena.

Llevaba al hombro á veces el nudoso cayado  
que adornaba también con un ramo de flores;  
pasaba ante las casas, la limosna pidiendo,  
y lo hacía, risueño, entonando canciones.

Improvisaba versos, y con ellos cantaba  
el generoso impulso del que le socorría,  
la belleza arrogante de las tiernas doncellas,  
las nobles excelencias de mi ciudad chiquita.

Los pequeños marchábamos saltando y sonriendo  
en torno del alegre y popular mendigo,  
de aquel viejo juglar que cantaba las glorias  
de nuestra patria chica, de nuestro caro nido.

¡Ah, pobre viejo, amigo de mis primeros años!,  
años llenos de luz, cual tus alegres ojos;  
ya te fuiste, y contigo se fueron al Misterio  
ilusiones que nunca volvieron á nosotros.

¿Por qué se le llamaba «tío Rey»?; jamás yo supe  
quién le puso tal mote ni por qué se lo dieron;  
pero fué afortunada la elección de ese nombre  
dado al pobre mendigo, de tan gratos recuerdos.

Con la risa en la boca y por cetro el cayado  
marchaba el pobre viejo, cantando por la vida;  
era real la corona de flores, del sombrero,  
y un verdadero reino su infantil alegría.

NICOLÁS BENAVIDES



“EXTRACTOS DE LOS DIARIOS DE LOS VERDESOTOS  
DE VALLADOLID”

NOTAS

(Continuación).

Este marqués de Santa Cruz de Marcenado casó en 1549 (había nacido en 12 de dic. de 1526) con Doña Juana de Zúñiga y Bazán, hija primogénita de los IV.<sup>os</sup> condes de Miranda. Con esta señora tuvo Don Alvaro cuatro hijas, y viudo pronto casó en segundas nupcias con Doña María Manuel, hija del conde de Santisteban, de la que le nacieron tres hijos. Es raro que su abuelo, también llamado Alvaro, como se ha dicho, casara con otra Doña María Manuel. ¿No puede haber ahí error? Lo cierto es que el I marqués de Santa Cruz fué yerno de Doña María de Bazán, y ese dato le he aprovechado en otros fines (V. mi libro *La obra de los maestros de la Escultura vallisoletana*, parte de *Alonso Berruguete*).

El otro hijo del I vizconde de la Valduerna, es decir, Don Sancho de Bazán, fué el que tomó parte en la justa celebrada en Valladolid en la correría de San Pablo el 8 de enero de 1490, como dice la apuntación 1 de los *Extractos*, en las alegrías por la entrega de Guadix, y el que también indican los mismos *Extractos* en la apuntación 5 como fallecido en Bilbao en enero de 1496 al ir por capitán de la armada que había de conducir á Flandes á la infanta Doña Juana la Loca para casarse con el archiduque Don Felipe el Hermoso. Este caballero don Sancho de Bazán no sé que fuera casado; quizá permaneciera soltero, como es más probable; ó, si fué casado, no tuvo sucesión. Por lo menos no he encontrado referencias ni indicios de que tuvo hijos.

Dicen los *Extractos* que se trajo á enterrar á este caballero al convento de los Santos de Villanubla, casa religiosa de ermitaños de San Agustín que se llamó luego de los Ángeles. He visitado los restos que se conservan de la iglesia del mentado convento, propiedad hoy, como la huerta que la circundaba, de Don Adrián Eyries, y he observado que no hay resto ninguno de inscripción; pero, en cambio, he anotado dos escudos de armas,—los únicos que he encontrado en la finca,—á los lados en alto de un hueco que pudo ser el testero de una capilla. Los escudos son iguales y se componen de quince jaqueles (armas de la casa de Bazán) con bordura ú orla de cuatro aspas en los centros, inmediatos á las aspas, castillos, y entre cada dos castillos, dos bajitas bresadas.

El escudo, es indudable, como he dicho, de un Bazán, y el estar repetido simétricamente con relación á un hueco que pudo ser lugar para el altar de la capilla, me asegura en la creencia, que también he expuesto.



de que ese Bazán fué soltero, pues en otro caso el escudo de la esposa figuraría en sustitución del de la derecha del observador, ó se compondría con el de los quince jaqueles.

No admite, pues, duda, que es cierta la noticia de los *Extractos* de que en los Santos de Villanubla fué enterrado Don Sancho de Bazán. Y es de suponer que los restos de paredes de piedra donde están los mencionados escudos sean de la capilla en la que se enterró al capitán de la armada fallecido en 1496, el mismo que justó en 1490 en la corredera de San Pablo.

## PARTIDA DE DOÑA JUANA LA LOCA PARA CASARSE

(V. la apunt. 6)

Los Reyes Católicos se inspiraron al hacer los matrimonios de sus hijos, en una política de relación exterior que había de ejercer gran influencia, andando los años. La estrecha amistad en que se pusieron los Reyes de España con varias cortes de Europa, que produjo la Liga Santa, formada para expulsar á los franceses de Nápoles, cuya conquista había logrado Carlos VIII, dió motivo á que se concertase en 1495 el matrimonio de la infanta Doña Juana (la Loca), nacida en Toledo el 6 de noviembre de 1479, con el archiduque Felipe (el Hermoso), hijo y heredero del emperador Maximiliano, y soberano ya del Ducado de Borgoña y Condado de Flandes por su madre la duquesa de Borgoña, María Carolina.

Se convino también el casamiento del príncipe heredero de España, Don Juan, con Margarita de Austria, hermana de Don Felipe (el Hermoso), y se aprestó una flota al mando del almirante Don Fadrique Enríquez, para llevar á Flandes á la infanta Doña Juana y traer al retorno á la princesa Margarita de Austria para celebrar sus bodas con el príncipe don Juan (nacido en Sevilla el 30 de junio de 1478).<sup>1</sup>

Según el *Cronicón de Valladolid*, Doña Juana partió de estos reinos para ir á casarse con el archiduque de Austria, el día de Santa María de

1 No pudieron ser más ventajosos los matrimonios de los hijos de los Reyes Católicos: D.<sup>a</sup> Isabel (la primogénita nacida en Dueñas el 2 de Octubre de 1470), casó con el príncipe heredero de Portugal Don Alfonso, del que quedó viuda prematuramente, casándose en segundas nupcias con el rey de Portugal Don Manuel el Afortunado (en septiembre de 1497).

El príncipe don Juan casó con Doña Margarita de Austria.

Doña Juana, con el archiduque Don Felipe.

Doña María (nacida en Córdoba, el 29 de junio de 1482), con el rey de Portugal Don Manuel, viudo de su hermana Doña Isabel (abril, 1500).

Y Doña Catalina (nacida en Alcalá de Henares el 15 de diciembre de 1485) con el heredero de la corona de Inglaterra, el príncipe de Gales Arturo, cuyas bodas se concertaron en 1.<sup>o</sup> de octubre de 1496, si bien se diffirieron hasta 15 de agosto de 1497 por la corta edad de la infanta, y en segundas nupcias casó con Enrique VIII de Inglaterra.

Para los casamientos de las infantas se pidieron al reino 150 cuentos de maravedís, tocando á la villa de Valladolid 140.400 mrvs. (*Lib. de acuerdos del Ayunt.*, 27 abril 1800, folio 276 v.)

agosto de 1496, acompañando á su alteza Don Fadrique Enríquez, Almirante de Castilla. Se equivocó el *Cronicón* si dió la fecha del 15 de agosto como la de la salida de España de la princesa Doña Juana. Zurita en sus *Anales* (lib. 2, cap. 32) dice que la princesa estuvo embarcada en Laredo el 20 de agosto y que partió de allí dos días adelante, dato que concuerda perfectamente con la noticia de los *Extractos* de los Verdesotos. El mismo día se despidió la reina Doña Isabel de su hija. El 15 de agosto citan Mártir, Carvajal y Zurita como el del fallecimiento de la reina madre de la Católica, también llamada Doña Isabel, que falleció en Arévalo, donde desde tiempo se encontraba retirada de toda vida activa por motivo de su padecimiento mental.

Los Verdesotos hacen ascender á 133 los barcos y á 20.000 los hombres de pelea que á su mando llevaba Don Fadrique. No todos los historiadores han dado las mismas cifras, é indudablemente habrá alguna exageración por parte de los Verdesotos. El tomo VIII, pág. 548, de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, publicó una cédula de los Reyes Católicos, hecha y firmada en Tortosa el 18 de enero de 1496, copiada por Lafuente del Archivo de Simancas (*Hist. de Esp.*, t. II, pág. 349, edic. de 1879 de M. y S.), en la cual se indica lo acordado por los reyes para proveer el viaje de Doña Juana, en lo tocante á la armada y provisiones para llevar á aquella á Flandes.

Por lo que hace relación á barcos y gente se enumeran:

2	carracas alterosas de castillos de cada mil toneladas cada una con.....	500	hombres
2	naos de á 500 toneles con.....	500	»
2	» de á 400 » con.....	400	»
6	» de á 300 » con.....	900	»
4	» de á 200 » con.....	400	»
4	carabelas rasas, equipadas de remos con.....	500	»
20		5.000	»

No incluyéndose en las tripulaciones los de la servidumbre de Doña Juana:

Pilotos, maestros, marineros y demás.....	1.000
El almirante don Fadrique con 300 escuderos, con los caballeros y coninos de su casa, 100 espingarderos y 50 ballesteros..	450
El marqués de Astorga, 150 escuderos, 50 espingarderos y 50 ballesteros.....	250
El conde de Luna, 100 escuderos, 50 espingarderos y ballesteros.....	150
De Castilla la Vieja, peones.....	400
De Asturias de Santillana.....	300
De Trasmiera.....	200
De Vizcaya.....	550
	5.300

JUAN AGAPITO Y REVILLA

(Continuará)

## CORAZONADA

## NOVELA

(Continuación).

Antes de la ruptura, cuando Carmen me amaba, el cuerpo, dominado por el espíritu, no sintió la excitación que vino después, al anonadarse el alma ante resolución tan insólita para ella. Sí, fué un despertar horrible, desatado: mi cuerpo enfermo se desentendía de las veleidades de la fortuna amorosa, y reclamaba sus derechos con irritado afán al sentir los dolores, aquellas fieras que, exasperadas al más leve contacto, mordían la carne sin compasión. En cuanto al espíritu—, ya lo sabes tú, Octavio—, fué muda mi sorpresa y mi protesta fué el silencio. Sabes también que la acusación lanzada por Carmen en su carta consistió en una verdadera y harto amarga novedad para mí, por lo mismo que me aterró la percepción de mi ignorado fin próximo, que ella me hizo entrever y que es el motivo del desamor suyo.—Que yo la había engañado; que conocía sobradamente el terrible carácter del mal que me invadía, y, sin embargo, continué alentando en su corazón una esperanza que no podía serlo ya...—Mi alma se plegó bajo el látigo del reproche, esgrimido por la mano adorable que escribió aquello. ¿Protestar? No. Mi dignidad se mantuvo firme. ¿Justificarme? Pero ¿de qué? No, nada, agradecer y no más aquella tan caritativa epístola, donde Carmen tenía ya amabilidad de hacerme saber dos cosas: que yo había perdido su amor y que mi enfermedad era incurable.

Se heló mi corazón ante la proximidad de su muerte y ante la perspectiva de su abandono. De su lealtad dudaba quien era su dueña absoluta. Pero esa duda ¿ha sido la verdadera causa? ¿Fué el único motivo? ¿O es que el egoísmo aconsejó desdeñar lo irrealizable, amparándose en un subterfugio? Por lo mismo que á ella debo ambas noticias, la de la muerte de mi cuerpo y la de mi alma, quiero saber de cierto el móvil que indujo á Carmen á obrar así, y procurar, si el pronóstico se cumple, que no me sobreviva en la creencia de que la engañó el hombre que tanto la ama. Por eso, Octavio, mi negativa á obedecerte, por eso mi venida aquí.

¡Y, por fin, iba á ver á mi Carmen, á la mujer adorada! Amantísima como nunca me había despedido el día en que emprendí mi breve viaje, motivado por la insistencia del padecimiento. Y cuando á Madrid regresé... la carta asesina esperándome sobre mi mesa de trabajo, la fuga precipitada de Carmen y doña Ezequiela, la carencia de toda noticia acerca del punto á donde hubieran ido á esconderse... ¡Qué alegría, querido Octavio, cuando nos informaron de su paradero y del proyecto

de veraneo en esta rica villa, donde ellas tienen su chalet, y yo la casa que heredé de mi madre! Digo, la alegría fué para mí; para ti no, ya lo sé. Comprendo que tú no te hicieras partícipe del júbilo que me embargaba.

Llegó, por fin, el día señalado, y con él llegó mi Carmen. La mañana era hermosísima, apacible, de amor, propia del mes de Julio. Con la luz iba recobrando la montaña el esplendor de todas sus maravillas naturales, sus bravías galas, el ropaje fastuoso en que se envuelve, bajo un cielo cristalino, de intenso azul, de límpida transparencia. El ambiente encalmado, la campiña devolviendo la nueva luz, el paisaje de suaves y puros matices, la muda soledad de los montes, el valle luminoso, la olorosa vegetación, todo acompañaba con su concierto matinal el despertar del astro, que iba dorando el perfil de la sierra al emprender, en la mañana tibia y alegre, su jornada triunfante de escalar la altura.

¡Qué hermosa es esta montaña! ¡Cómo se apodera del espíritu, presrándole á cambio toda la poesía que en sí encierra! Aquí hasta las almas pequeñas se sienten grandes, porque se sienten solas; aquí se vive, se ama, se llora, se ríe, ante la elocuencia del silencio, que es la legítima voz de Dios.

Llegó el tren: la máquina pitó, y, seguida de su convoy, cruzó la carretera sobre el puente que hay delante de mi casa. El corazón golpeó con fuerza la pared de su cárcel. La montaña, conmovida, despertó al trepidar del monstruo, que al fin detuvo su loca carrera. Requerí mis gemelos de campo, y desde lo más alto de mi casa—, que, como sabes, está situada en las afueras del pueblo—, me dispuse á mirar. Al cabo de un rato, vi confuso tropel de gente, que denunciaban los tonos claros de los vestidos. Allí venían los parientes que Carmen tiene en la villa, las muchachas de la ciudad amigas tuyas que por aquí veranean, algunos hombres... Todos habían bajado á esperarlas. Y, entre el festivo color de aquellos trajes, ¡venía ella! ¡la veía al fin!

H. GARCÍA LUENGO

(Continuará).

## LIBROS RECIBIDOS

DE LOS CUALES SE PUBLICARÁ NOTA BIBLIOGRÁFICA

EN NÚMEROS SUCESIVOS

A. CRUZ RUEDA: *Huerto silencioso*.—Jaén, 1919.

RICARDO DEL CASTILLO: *Nahuatlismos y barbarismos*.—México, 1919.

HUGO A. RENNERT Y AMÉRICO CASTRO: *Vida de Lope de Vega*.—Madrid, 1919.

HENRI DUVERNOIS: *Montmartre*.—Valencia, *Prometeo*, 1919.